

Antonio de Senillosa

Nasarre

De *Eugenio Nasarre* dice *José María Mohedano* que le es poco simpático «*porque siempre hay en él algo de cura, incluso cuando se frota las manos constantemente*». Ese hombre sin sentido del humor, de escasa imaginación y nula espontaneidad, pero trabajador y constante, tiene una mirada lánguida que pudiera parecer, por error, romántica. Pero no. No hay en él besos ni amores contrariados ni por asomo se le va a ocurrir partir a Grecia para luchar por la civilización o alojarse una bala en la sien. Tampoco existen en su casa o en su despacho cortinas a las que agarrarse en momentos de desesperación en un acceso de tos por culpa de una tuberculosis causada por penas de amor. En *Nasarre* —ha

escrito sagazmente *Josep Martín Gómez*— todo es languidez curil.

Sin la comisión de control parlamentario, astutamente suprimida por el Gobierno, con un consejo de administración atento sobre todo a los intereses del partido de cada uno de sus miembros, *Nasarre* puede servir ahora a unos señores que, al contrario de *Ignacio de Loyola* o *Francisco de Borja*, sí se pueden morir y lo van a hacer políticamente muy pronto. *Nasarre* sabe también que le quedan muy pocos días en el cargo y quiere aprovecharlos para que sus poderosos amigos, agradecidos, le den una palmada en el anca y alguna zanahoria de recompensa.

Ni en los tiempos oprobiosos de *Arias Salgado* o *Robles Piquer* un director general de RTVE había llevado de manera tan ostentosa la librea de lacayo del Gobierno y había convertido en privada la televisión pública.